

## Retrospección sobre “Piedra y cielo”

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Cuando se intente hablar del episodio lírico del *Piedrancelismo* —su estricto perímetro literario es ese— hay que partir de una realidad que a su vez implica por sí misma una aclaración crítica: la de que el *Piedrancelismo* nació pura, sencilla y editorialmente como un hecho sin preparación ni precedencia orgánica, sin propósito ni programa, o para hablar en el dialecto adecuado, sin *manifiesto* de escuela, de institución objetivamente organizada. Un día se le ocurrió —y muy felizmente, por cierto— al poeta Jorge Rojas emprender la publicación de una serie de cuadernos de poesía —y esto sí tenía antecedentes muy notables pero, como siempre, muy efímeros— para individual dedicación al grupo circunstante o contemporáneo del poeta de *La forma de su huída*, primer poemario del mecénico líder y editor de *Piedra y cielo*. Y fue así como alcanzara a ver la luz, en lindos fascículos, y en desfile alineado por edad, el grupo integrado con Tomás Vargas Osorio, Arturo Camacho Ramírez, Gerardo Valencia, Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Carlos Martín y Darío Samper; fascículos subtitulados con el respectivo nombre, bajo el rubro de *Cuadernos de piedra y cielo*; rubro, señal o insignia no de propia invención, —como el de *Los bachúes*, o *Los nuevos*— sino adopción del título de una sección de poemas en un tomo de Juan Ramón Jiménez (*Segunda antología poética*. Madrid, 1933). Obviamente, el mero hecho editorial con ese por cierto hermoso y acertado título más para bautizar un grupo de poemas que para capítulo de un libro, promovió o engendró la designación del conjunto de “los poetas de Piedra y cielo”; de ésta se derivó sintéticamente la de “los



piedracelistas", con diversas variaciones sobre el tema. Por ejemplo, el maestro Sanín Cano los bautizó con el nada bien intencionado, ni del todo dulce ni del todo amargo sobrenombre de "los uronalíticos", especie de sinonimia cosmográfica, pues la palabra *uranos*, griega, designa el universo *celeste*, y la palabra *litos*, no menos griega, significa *piedra*. Y algún guasón letrado acomodóles el remoquete de "los petricélicos", prefiriendo componentes latinos: *petra*, piedra, y *coelicus*, celeste o célico o celestial.

También es de advertir y de asentar que la agrupación *Piedra y cielo* no surgió, bajo ningún aspecto, como reacción contra escuela o movimiento alguno en vigencia por entonces, a la manera como el romanticismo contra el neo-clasicismo, o como el modernismo y sus adherentes o excrecentes, contra las iracundias lacrimógenas de aquel. A lo sumo, podría aceptarse que la poesía de los "piedracelistas" la cancelaba la moda a los atavíos trascendentales, con presencia menos monumental ponderosa o poderosa, menos suntuaria, menos erudita, menos escultural que la de los poetas mayores del gran modernismo y del post-modernismo; más ligera, ágil, mariposeante, juncal, muy menos docta, aunque no menos imaginista y policroma que la de poetas mayores, corte imperial de Guillermo Valencia: Víctor M. Londoño, Cornelio Hispano, Max Grillo, Luis María Mora, Víctor Caro, los Bayona Posada, José Eustasio Rivera, Eduardo Castillo, Angel María Céspedes, Rasch Isla, el egregio trío caleño de los Carvajales —Manuel Antonio, Mario y Alberto, Gilberto Garrido, Octavio Amórtegui, Germán Pardo García, Alberto Angel Montoya, José Umaña Bernal, León de Greiff, y el príncipe heredero, Rafael Maya, para nombrar apenas los de mayor relieve, constelación que aún sigue destellando en un cielo sin piedras de la gran poesía colombiana.

*Piedra y cielo* entró en moda y vigencia a lo largo de la década 1935/45. Los poemas juanramonescos que le prestaron su fe de bautismo al grupo colombiano congregado bajo su advocación, habían aparecido poco menos de veinte años antes, entre 1917 y 1918. ¿Por qué demontres dieron tan larga reversa los piedracelistas para singularizarse con un rótulo que en rigor de verdad no guardaba la más vaga congruencia con la producción lírica que entregaban en individuales y nominativos cuadernillos?



El primero en señalarlos denominativamente con lo de *pie-dracelistas*, y al hacerles el recibimiento crítico, fue el poeta, prosista y periodista, delicioso y brillante, Juan Lozano y Lozano, en un extenso ensayo que apareció en tres entregas sucesivas del *Suplemento literario dominical* de “El Tiempo”, en febrero de 1940, o sea en pleno festival piedracelista. En esa *tanda* —a buenos ratos *tunda*— Lozano y Lozano hizo la vivisección del conjunto con una certera, axiomática y elegante cirugía crítica, para concluir en un airoso pero riguroso balance con el cual no podría decirse —ni mucho menos— que el “Piedracelismo” saliera engrandecido, ni celebrado, ni entronizado, del crítico laboratorio del poeta de *Joyerías*. Salió simplemente en sus platas: ni originalidad, ni revelaciones; lisa y llanamente peninsulares García Lorca, Salinas, Juan Ramón, y de este lado del mar, César Vallejo el peruano, y los chilenos Huidrobo y Neruda. Cuando su amado Pablo vino a Colombia, en 1943, y tuvo una larga temporada en Bogotá, en torno de él se congregó con social y lírico fervor, cuasi fantástico, toda la capilla piedracelista.

Pero entre las aportaciones positivas hay que abonarle al piedracelismo un bien sostenido empeño de libertar la poesía de los trascendentalismos y las solemnidades conceptuales y formales con que el modernismo anterior agobiaba la creación poética mediante las remanencias de decadentes parnasianismo y simbolismo a la francesa. En confirmación de esto hay que consignar, por ejemplo, el gustoso y sincero recibimiento que *Piedra y cielo* le diera al libro de los poemas chinos recreados en la traducción de Guillermo Valencia, de una primera versión directa, en prosa francesa de Franz Toussaint, y renacidos hispanoamericanamente con el nombre de *Catay*: ese adorable campanil de grácil y amorosa arquitectura, levantado en las cercanías de la monumental basílica de *Ritos*. Casi nos atreveríamos a decir que “Hay un instante de crepúsculo”, mirífico joyel valenciano, resplandeció en el valle pubenzano como un preludio de la alborada piedracelista.

Es curioso, sorprendentemente curioso, el que no obstante haber sido Jorge Rojas el promotor y apóstol del conjunto, sin embargo el público lector de poesía acabó por individualizar, apoderar o apersonar en Eduardo Carranza la presencia, el estilo, el tono y las modalidades todas, distintivas y singularizantes, de la rumorosa y festiva cofradía.



Levedad y gracia, fino, depurado y cristalino lirismo erótico, imaginería naturista, fantasía paradójicamente realista, nos parecen que podían señalarse como los distintivos actuantes y modales del conjunto: caudalosas en Carranza y casi exiguas en Darío Samper, muy más del lado de una temática social, humana, de mayor realismo. La obra poética de Jorge Rojas no ofrece ese mosaico de tintes, sino en su primer libro, *La forma de su huída*; el resto de su producción supera notoriamente las modalidades piedracelistas apuntadas; testimonio fehaciente de ello es su insuperable traducción de *El cementerio marino*, para nosotros el máximo poema del autor de *Charmes* y de *La velada con el Sr. de Teste*, Paul Valery.

Las etiquetas “piedracelismo”, “piedracelistas”, ya críticamente tomada en cuenta la integración del grupo, lógica y fácilmente entraron al lenguaje corriente del conocimiento y la apreciación popular. Así, pues, el uno y los otros quedaron matriculados históricamente en los avatares de la poesía colombiana, con el solo y simple hecho de su aparición en grupo editorializado por obra y gracia, y entusiasta mecenazgo del oligarca único del grupo; oligarca nobilísimo, porque antes de los bienes de fortuna lo es de los del espíritu, con armonioso don de gentes y alto sentido delicadamente práctico de la amistad.

Como apenas es lo natural, tenía que haber y actuaban factores determinantes de la constitución o conformación del cuadro. La contemporaneidad juvenil, un común denominador de sensibilidad, estimulada por las influencias que por esa época venían de España —García Lorca, Miguel Hernández, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Gerardo Diego; un poco menos Vicente Aleixandre—. Otro estímulo provenía de las conmemoraciones centenarias, por los días primaverales del piedracelismo, de Garcilaso y de Góngora, así como la revaluación de la poesía y la personalidad de Bécquer. Estos dos acontecimientos en la vida de la poesía española determinaban, a su vez, un enfrentamiento allá y una influencia acá, de la poesía peninsular en auge para superar la influencia francesa que tuvo predominio y vigencia hasta bien entrado el presente siglo. De todo lo cual nada impedía que individualmente las unidades piedracelistas tuvieran santos de su muy alta devoción en Francia. Aproximadamente puede decirse, por ejemplo —y como ya lo apuntamos— que el de Jorge Rojas era Valery; Carlos Baudelaire recibió de Camacho Ramírez el más espléndido homenaje que en Colombia se le haya



hecho al poeta de *Las flores del mal*; Rilke en francés, el de Gerardo Valencia; Verlaine, Coppée, los de Carranza; Rimbaud, de Vargas Osorio, y por esos contornos unos más.

Tanto es verdadero el que en la aparición de *Piedra y cielo* no se partió de un propósito de agrupación reactiva, revolucionaria, en el campo lírico, que dentro de la nómina de los "Cuadernos" se pensó esmaltar ésta con ediciones consagradas a Guillermo Valencia, a Rafael Maya, a León de Greiff. Y así hubiera sucedido si la embestida de Juan Lozano y Lozano en tres "Tiempos" no hubiera hecho pensar a los directivos y ejecutivos del consorcio *Piedra y cielo limitada* que si embarcaban a Valencia y demás altas figuras en la lírica nave, se interpretaría que estaban buscando hados padrinos para colarse a los recintos de la fama y de la gloria. Lo que, dicho sea a fe, no lo habían menester.

Nuestro admirado padre Núñez Segura S. J., autor de unos extensos comentarios y sinopsis —conceptos (?) los llama él— de autores y producción representativos de las letras colombianas, texto catedrático excelentísimo que lleva ya una decena de ediciones, le dedica 27 páginas minuciosas a la como se dice ahora en periodismo "operación piedra y cielo", integrando su elenco con nueve unidades que encabezan Antonio Llanos y Aurelio Arturo. Esta misma integración la hace Juan Lozano al comenzar la supradicha vivisección del "fenómeno" *Piedra y cielo*. Nos parece que uno y otro incurren en error. Críticamente enfocado, al grupo le sobran los dos poetas del encabezamiento. Llanos lo es de acentos religiosos, metafísicos, perfectamente exóticos y perentoriamente distantes de la línea y de las figuraciones intrascendentes de la modalidad piedracelista. Sin que por este diagnóstico diferencial vaya a resultar Llanos llevado a la jerarquía de los místicos, como tan miopemente suelen verlo algunos. La mística lírica expresa un conocimiento y una dirección teologales del espíritu, así en la imaginación como en el sentimiento, hasta llegar a la contemplación de la Divinidad, como en Santa Teresa de Ávila y su amado "medio fraile", San Juan de la Cruz; lo cual es cosa muy diferente del simple manejo lírico de Dios, de sus santos y sus ángeles, en prosas o en estrofas. Fuera de la Madre Castillo con sus exiguas muestras, la poesía colombiana no cuenta hasta hoy con un real y formal poeta místico, si bien ha habido ejemplares altos de poetas religiosos, como Belisario Peña, nombrando uno entre los clásicos;



Nicolás Bayona Posada, entre los modernos, y Mario Carvajal, entre los vivientes.

Aurelio Arturo es un poeta jerárquico, jerárquicamente insular, así en sus temas como en su expresión. Desde mucho antes de la ocurrencia o concurrencia piedracelista, Aurelio Arturo era un poeta suficientemente cuajado y acrisolado, con calidades que lo han hecho pasar a través de todos los cristales generacionales sin contramarcarse ni desintegrarse. Y aun estamos por decir que el mismísimo “editor responsable” de *Piedra y cielo* está, si no modal, sí sustancialmente marginado de las afinidades que más o menos cohesionan el sexteto restante.

Así que *Piedra y cielo* no fue escuela ni grupo en el sentido crítico doctrinal del concepto, sino una concurrencia circunstancial de poetas cohetáneos, sin homogeneidad específica, instituyente o constituyente de reacción alguna.

Desde luego que, examinados individualmente, cada poeta con su respectiva producción, nos encontraremos con acrisolados poemistas y gratos jardineros de la inteligencia, de la sensibilidad, de la inspiración y del dominio de la lira; todos ellos accesibles lo mismo al más culto adepto al rito lírico, que al común y corriente gustador de la música verbal de las ideas y las imágenes, así en la fantasía como en la realidad, para producir el gozo o la emoción en los ámbitos del espíritu o en los de la naturaleza circundante. De nuestra parte y con experiencia suficiente, podemos asegurar que cada uno de los poetas de *Piedra y cielo* brinda aportes dignos a la más exigente y encumbrada antología lírica de este país, patria constante de bardos glorificadores de su nombre, de su espíritu y su historia.